

## ADIOS A DON EMILIO TEJERA

Por Emilio Rodríguez Demorizi

LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA viene a decir su conmovido adiós al ilustre ciudadano que tuvo la virtud máxima de ser digno hijo de Emiliano Tejera, de aquel venerando maestro de las letras nacionales que fue cumbre de probidad y de sabiduría.

Pero es la República toda que en espíritu y pensamiento se congrega en esta ancha casa solariega para hacer compañía en su tránsito postrero al docto compañero de Academia, al hidalgo Emilio Tejera, gran señor por la prestancia personal y la conducta, caballero sin tacha y sin reproche.

Nuestras lágrimas viriles, nuestro entrañable dolor de esta hora no son, sólo, por la final ausencia del estudioso apasionado que prosiguiendo la huella iluminante de su progenitor trabajó pacientemente el mármol de las magnas figuras de nuestra historia, de Colón y de Duarte, y que perfeccionó sabiamente su formidable obra acerca de las palabras indígenas de La Española.

Nuestra angustia es, ante todo, por la caída del hombre moral, del varón esclarecido con cuya desaparición pierde la Patria uno de sus prohombres verdaderamente ejemplares, en el momento mismo en que está más que nunca menesterosa de paradigmas, de próceres civiles, modelos de dignidad y señorío.

La conducta de Emilio Tejera en todas sus manifestaciones, en todas las vicisitudes de su largo existir, movieron siempre al más alto respeto, porque de todo él fluía la natural gravedad del tipo catoniano, del hombre de valor, de inteligencia y de virtud.

Bien joven, por su propia gallardía y por el aura y prestigio de su nombre honró un Ministerio, y ya era tal su fama de hom-



bre íntegro que ni aún el magnicidio de 1911 dió lugar a que se dudase de su civilidad; pero, el triste drama que culminó en la trágica muerte del Jefe del Estado y de su propio hermano, le indujo a apartarse de la política, de sus azares y sus miserias, como si se alejase de un hondo cenagal, de lo que a la postre había de ser decepcionante.

Desde entonces la vida de Emilio Tejera tomó un solo rumbo, recto y firme como su acerada voluntad, y así su noble hogar, que él transmutó en biblioteca y que la esposa, la admirable Gracita Alvarez, convirtió en escuela, fue como un templo de la cultura y del civismo en que se forjaron no pocas conciencias que hoy abrillantan la sociedad dominicana.

Allí, en el aula estremecida o bajo la sombra de sus árboles amados, Doña Gracita era la enseñanza viva, y Don Emilio el ejemplo vivo. Allí los discípulos eran lo mismo que los hijos.

La ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA dice, pues, su sencillo veredicto, que es su despedida:

#### EMILIO TEJERA MERECE BIEN DE LA PATRIA

Que su vida ilustre sea ejemplo y guía para las generaciones de hoy y para las del porvenir.

